

Cuando era chica yo copiaba*

Tununa Mercado

He buscado en la memoria un momento especial que me permitiera situar el comienzo de mi relación con la literatura. Elegí una cifra, cincuenta años. Decir medio siglo es un poco solemne, suena a celebración de bodas de Oro, si ese número no delatara también mis años. Se supone que ninguna mujer confiesa su edad. Pero yo fui imprevisora y canté la mía muy tempranamente. Nací en 1939, voceaba en todas partes cuando era joven. Y después completaba mi filiación recostándome en mis padres y en sus familias, que por ser de una clase media con aspiraciones cultas y profesionales, habrían creado las condiciones para que me inclinara por las letras.

El ambiente fue entonces propicio y estimulante. Me avergüenzo un poco de haber sido una chica buena, que tenía buena letra y buenas notas en la escuela. Una vez le escuché decir a mi madre con total honestidad, como un elogio, que yo tenía más voluntad que inteligencia. No me gustó nada esa apreciación. Tanto me lastimó que aún la recuerdo. Yo quería complacer una imagen, la que mis padres pretendían para sus hijos. “¡Lean los clásicos!” decía mi papá y traía unos volúmenes temibles. Si lo hubiera escuchado, tendría una formación clásica y, conse-

ESTUDIOS • Nº 16
Otoño 2005
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

* Ponencia presentada en el Primer Encuentro de Literatura Uruguaya de Mujeres. Montevideo, Uruguay, noviembre del 2003. Texto publicado en *La palabra entre nosotras* Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2005.

cuentemente, una estructura de pensamiento suficiente para entender mejor el mundo.

Cuando era chica yo copiaba. Por ejemplo, para hacer una composición escolar sobre Sarmiento en cuarto o quinto grado, alimenté mis magras hojas con unas frases de un discurso que había pronunciado mi padre sobre el prócer en Chile. Ahora podría llegar a pensar que ese texto suyo, de prosa que se quería castiza, me contagiaba enlaces de palabras, cadencias más propias del discurso oral que del escrito. Porque no recuerdo que nada en mi composición escolar denunciara un plagio. Era uniforme.

Copiaba también cuadros. Trasladaba a unos papeles llamados Canson, línea por línea, las imágenes de pinturas, sobre todo paisajes, y después los coloreaba. Ponía una Sinfonía de Beethoven y copiaba los gestos de dirigir una orquesta. Unos muñecos, sentados en círculo en la sala, eran la audiencia. Dice mi hermana que fue ella la que fijó una meta inalcanzable: que leyéramos todo el Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano, obra mayor de treinta volúmenes que tenían su biblioteca especial. Cada uno de esos tomos pesaba cerca de dos kilos, pese a que sus páginas eran y son de papel casi Biblia. Una digresión: Servían como peso para prensar los gruesos matambres arrollados que, para responder a la mejor tradición argentina, estaban rellenos con huevos enteros, zanahorias, espinacas y ají picante molido, que se distribuían sobre la lámina delgada y rectangular de carne, que era lo que se enrollaba y ataba. Una vez cocinados, había que prensarlos porque la tajada tenía que salir redonda, compacta, luciendo el verde, el blanco, el amarillo y el anaranjado zanahoria, sin desgranarse.

Yo copiaba las definiciones, pero sobre todo fragmentos de kilométricos artículos sobre los temas que por alguna razón me inquietaban: en el tomo II de la letra B, al que al parecer habíamos llegado, el artículo *basilisco*, que venía después de *basílica*, merecía ser copiado, porque aunque era un animal fantástico, una tía medrosa lo equiparaba a una iguana que un merolico llevaba sobre su hombro por las calles de Córdoba. Tenía miedo de que la iguana-basilisco la mirara fijamente y le trajera desgracia. Copiar era escribir, de eso no tengo dudas.

Entre 1950 y 1955 transcurrió mi adolescencia. Allí aparecieron otras formas de escritura: las cartas para novios y el diario íntimo. Mi hermana se pasaba haciendo cartas de amor para uso epistolar de sus amigas. Ella también plagiaba utilizando varias fuentes: las cartas de amor de mi padre a mi madre, los 20 *poemas de amor* y una *canCIÓN desesperada*, y otros poemas de Neruda. Yo empecé a hacer lo mismo para mis amigas, ellas y yo más chicas y, por lo tanto, más ingenuas en

términos literarios. Eso sí, recuerdo haberme engolosinado con Federico García Lorca y haber usado sus imágenes. Incluso llegué al desatino de escribir, en un examen de inglés, en inglés, una especie de engendro lorquiano que debió estremecer los oídos de los profesores de la Cultural Británica. Copiaba García Lorca. Escribía un diario íntimo en un cuaderno de hojas sin rayas, lisas. Lo encontré hace cuatro o cinco años: rompí cuidadosamente esas páginas para que no quedara ni una coma de ese transcurrir melodramático, plagado de sufrimientos, vacilaciones adolescentes, contrariedades amorosas. Era una calamidad. Pero estaba escrito, incluso con una que otra frase rescatable.

Cuando empecé a estudiar Letras en la Universidad de Córdoba escribí de verdad. El profesor exigía que los trabajos fueran presentados a máquina, en hojas tamaño oficio, a dos interlíneas, con copia. Me tocó escribir una monografía sobre Sarmiento. Primero la hice a mano. Mi madre, que era, oh casualidad, escribana, y cuyos protocolos notariales a veces yo había caligrafiado, como se exigía entonces, me prestó una Remington de cuerpo pequeño, negra, sólida, enorme. Esa máquina también servía, como los volúmenes de la Enciclopedia, para pensar matambres. A medida que copiaba con los dos dedos medios, muy lentamente, mi borrador escrito a mano, me daba cuenta de que me salía del esquema previo, que la letra a máquina se independizaba del acto de copiar y que se correspondía con lo que pensaba, si es que realmente pensaba, teniendo en cuenta que es casi imposible separar el pensar del escribir. Lo cierto es que mi monografía cumplió con los requisitos. Sólo treinta años después, o más, acepté sin margen de error que esa fue la primera vez que realmente escribí.

El impulso para hacerlo tiene varias vertientes. Una labor cuyo primer impulso surge con cierta autonomía, sobre la que tengo escaso control a medida que se cumple, va cercando lo que quiero decir, el objeto que estaba buscando, en rodeos circulares de ida y vuelta escribo un tramo más o menos largo, vuelvo sobre él, escribo, tacho, cambio de lugar. El borrador junto a la máquina desapareció desde el mismo día que empecé a trabajar en un diario.

¿Qué ha sido todo eso para mí a lo largo de cincuenta años? Evidentemente, un instrumento para ganarme la vida con palabras. Como redactora y como traductora. Traducir es una manera superior de la copia, se esculpe lo que se transcribe, se le da forma, se lo escribe. Después hay ese escribir que está por debajo, que llamaría *de fondo* sin que por eso piense que hay un escribir de superficie. El fondo es ese texto que empeñosamente se convierte en un relato, que se compromete más dramáticamente con un devenir literario, el texto que se sueña libro y que no puede soñarse novela por ciertas restricciones mías muy personales: cierta

desconfianza en un género que determina pautas formales estrictas; la incapacidad para trabajar una "ficción" que me obligaría a sacrificar el documento, el testimonio, la biografía o la autobiografía. La escritura de ese "texto de fondo" está también sujeta a vaivenes constantes: el trastorno emocional que produce una crisis o pérdida de índole privada lo saca del medio; más livianamente, se eclipsa a causa de distracciones diversas. Como una fábrica, cierra su producción o la abre según las circunstancias, ya sean individuales o sociales.

Finalmente una confesión que quiere ser honesta: después de medio siglo de frecuentación de la casa, el escenario, los jardines del frente y los patios traseros de la literatura, me doy cuenta de que allí no rige para mí un contrato de propiedad o de pertenencia. Escribo acompasadamente, casi siempre, hasta ahora, con materiales que han surgido de historias heredadas por gente que considera que yo tengo que contarlas. Recojo esos legados y los escribo a la par, como si los completara. A veces son mis propios legados. Es decir, atesoro objetos, presencias, relatos inconclusos, los escucho, los sufro, los sueño y escojo el que me produce ese imponderable deseo de responder a su llamado: Escribeme.